

The background of the cover is a photograph of the Statue of Liberty. The statue is shown from the waist up, standing on its pedestal. It is holding a torch in its right hand and a tablet in its left. The sky is a clear, light blue with some soft, white clouds on the right side. The overall tone is bright and clear.

# Mi enemigo mortal

*Willa Cather*

ALBA *minus*

Myra Driscoll renunció a la fortuna de su tío y a una comodidad de princesa para ser fiel a sus sentimientos y casarse con Oswald Henshawe. Pero la obra mostrará el haz y el envés de aquella valentía ideal. A través de la exquisita mirada de la joven Nellie asistimos a la rememoración de dos momentos clave para el retrato de Myra: la vida del matrimonio en Nueva York, llena de glamour y de amistades artísticas, y su final empobrecido en una ciudad junto al Pacífico.

## PRIMERA PARTE

## I

Conocí a Myra Henshawe cuando tenía quince años, pero recordaba haber oído hablar de ella desde que tenía uso de razón. Myra se había fugado para casarse, y su historia era la más interesante que se contaba en nuestra familia; de hecho, era la única historia interesante que podía oírse durante las vacaciones o en las reuniones familiares. Mi madre y mis tías seguían recibiendo noticias de Myra Driscoll, que era como la llamaban ellas, y tía Lydia iba a Nueva York de vez en cuando para visitarla. En su juventud, Myra había sido la figura más brillante y atractiva dentro de su círculo de amigos, y había tenido una vida tan emocionante y variopinta como monótona era la nuestra.

Aunque había crecido en nuestra ciudad, Parthia, en el sur de Illinois, Myra Henshawe no volvió a pisarla tras su fuga, salvo en una ocasión. Fue el año en que yo terminaba el instituto; ella debía de tener unos cuarenta y cinco años. Llegó con el comienzo del otoño, tras enviar un breve telegrama de aviso. Su marido, que ocupaba un cargo en las oficinas de Nueva York de una compañía de ferrocarriles del Este, tenía que viajar al Oeste por negocios, de modo que interrumpirían el viaje un par de días para pasarlos en Parthia. Él iba a alojarse en el Parthian, que era el nombre de nuestro nuevo hotel, y la señora Henshawe iba a quedarse en casa de tía Lydia.

Mi tía Lydia sentía una gran predilección por mí. Tenía tres hijos mayores, pero ninguna hija, y opinaba que mi madre no sabía apreciar mi valía. En consecuencia, me proporcionaba continuamente ciertos «privilegios» adicionales,

como decía ella. A mi madre y a mi hermana, las invitó a cenar en su casa la noche en que llegaban los Henshawe, pero a mí me susurró: «Quiero que vengas temprano, más o menos una hora antes que los demás, para que conozcas a Myra».

Aquella noche entré calladamente por la puerta principal de la casa de mi tía y, mientras me quitaba el abrigo en el vestíbulo, vi a una mujer baja y rechoncha vestida de terciopelo negro, sentada en el sofá del extremo más alejado del salón, tocando la guitarra del primo Bert. Debió de oírme, y al levantar la vista vio mi imagen en un espejo. Dejó la guitarra, se levantó y aguardó a que me acercara. Su inmovilidad era absoluta, con los hombros echados hacia atrás y el mentón en alto, como si quisiera recordarme que me correspondía a mí acercarme con la mayor rapidez posible y presentarme tan bien como supiera. Yo no estaba acostumbrada a formalidades de ningún tipo, pero ella consiguió transmitirme esa idea con su actitud.

Me apresuré a cruzar la salita con una expresión de tal perplejidad y desasosiego que soltó una breve carcajada de conmiseración al tiempo que me ofrecía su encantadora mano, regordeta y menuda.

—¡Tú debes de ser la querida Nellie de Lydia, de la que tanto he oído hablar! Y si no me falla mi lamentable aritmética, has cumplido ya los quince, ¿no es verdad?

Qué voz tan hermosa tenía, sonora, alegre y despreocupada en su amabilidad; pero su pose seguía siendo altiva. Siempre actuaba así cuando conocía a alguien; creo que se debía en parte a que empezaba a tener papada y quería disimularla. Sus ojos grises, muy hundidos y brillantes, parecían examinarme de los pies a la cabeza, juzgándome. Pese a que no era más alta que yo, me sentí absolutamente abrumada por su presencia y estúpida, desesperadamente torpe y estúpida. Llevaba los negros cabellos recogidos en un moño alto al estilo Pompadour, con curiosos mechones de lustroso color blanco, rizados y zigzagueantes, que pare-

cían vellones de cabra persa o de algún animal que tuviera un sedoso pelaje. Me era imposible sostener su mirada curiosa y juguetona, de modo que dirigí la vista hacia el collar de amatistas talladas que colgaba sobre el escote cuadrado de su vestido. Supongo que me quedé mirándolo fijamente porque de pronto me dijo:

—¿Te molesta el collar? Dímelo y me lo quito.

Me quedé muda. Notaba que me ardían las mejillas. Ella se dio cuenta de que me había ofendido y lo lamentó; me rodeó impulsivamente con el brazo, me llevó hasta la esquina del sofá y se sentó a mi lado.

—¡Oh, ya nos acostumbraremos la una a la otra! Verás, te pincho un poco porque estoy segura de que Lydia y tu madre te tienen un poco mimada. Te han alabado demasiado al hablarme de ti. Está muy bien ser inteligente, querida, pero no debes tomártelo demasiado en serio; no hay nada que sea más aburrido. Bueno, intentemos conocernos. Cuéntame cuáles son las cosas que más te gustan; ése es el camino más corto hacia la amistad. ¿Qué es lo que más te gusta de Parthia? ¿La casa del viejo Driscoll? ¡Estaba segura!

Cuando llegó su marido, yo ya había empezado a pensar que iba a gustarle. Deseaba que fuera así, pero tenía la impresión de que no se me concedería la menor oportunidad; su voz, encantadora y fluida, su pronunciación, clara y ligera, me desconcertaban. Y no alcanzaba a discernir si se burlaba de mí o de lo que estábamos hablando. Su sarcasmo era tan agudo y sutil que resultaba como tocar un metal, helado hasta el punto de que uno no sabía si quemaba o daba frío. Me fascinaba, pero me sentía muy incómoda, y me alegré cuando Oswald Henshawe llegó del hotel.

Entró en la habitación sin quitarse el abrigo y fue directamente hacia su mujer, que se levantó para darle un beso. Una vez más, tardé un rato en comprender la situación; por un instante pensé que habrían viajado en trenes diferentes desde Chicago, pues estaba claro que ella se alegraba de

verlo; no sólo se alegraba de que estuviera bien y hubiese llegado a la hora, sino que su presencia era un motivo de vivo placer personal. Yo no estaba acostumbrada a ver esa clase de sentimientos en parejas que llevaban mucho tiempo casadas.

El señor Henshawe no era tan desconcertante como su mujer y se parecía más al hombre que yo esperaba encontrar. Sus facciones angulosas le daban un aire militar: frente amplia y curtida, pómulos prominentes, nariz larga y ligeramente arqueada. Sus ojos, sin embargo, eran afables y oscuros, peculiares en la forma —exactamente como dos medias lunas—, y lucía un bigote de puntas desmayadas, caídas, como los ingleses. Había algo en él que sugería coraje, magnanimidad y un modo de obrar elegante y generoso.

—Llego tarde —explicó— porque he tenido cierta dificultad para vestirme. No encontraba mis cosas.

Su mujer pareció preocuparse, pero luego se echó a reír.

—¡Pobre Oswald! Buscabas esas camisas de frac que sobresalen por delante. Bueno, ¡podías habértelo ahorrado! Se las di al hijo del portero.

—¿El hijo del portero?

—Sí. Willy Bunch. Seguramente esta noche se habrá puesto una para ir a un baile iroqués, que es para lo que sirven.

El señor Henshawe se pasó la mano rápidamente por sus lisos cabellos acerados.

—¿Has regalado mis seis camisas nuevas?

—Desde luego. No llevarás unas camisas con las que parece que tienes pecho, ni aunque sea para ir al asilo de pobres. Ya sabes que no soporto verte llevar ropas que no te sientan bien.

Oswald la miró con regocijo, incredulidad y amargura. Nos dio la espalda, encogiéndose de hombros, y acercó una silla.

—Bueno, lo único que puedo decir es: ¡menuda ganga para Willy!

—Ésa es la mejor manera de tomárselo —dijo su mujer en tono de broma—. Y, ahora, intenta hablar de alguna cosa que pueda interesar a la sobrina de Lydia. He prometido a Liddy que haría el aliño para la ensalada.

Me quedé a solas con el señor Henshawe. Oswald tenía una agradable manera de prestar atención a una persona joven. Sabía «sonsacar» mejor que su mujer porque no te amedrentaba. Me gustaba contemplar su cara, con aquellos huesos prominentes y los ojos lánguidos y amigables, una desconcertante combinación de dureza y suavidad. Al cabo de poco rato llegaron mi madre, mi tío y mis primos. Cuando estuvimos todos, pude observar a los demás y disfrutar de la compañía de los visitantes sin tener que pensar en lo que iba a decir. La cena fue mucho más alegre de lo que suelen ser las reuniones familiares. La señora Henshawe recordaba todas las viejas historias y las viejas bromas que habían permanecido olvidadas durante veinte años.

—¡Qué agradable es oír otra vez la risa de Myra! —exclamó mi madre.

Sí, era agradable. También era terrible a veces, como descubriría con el tiempo. Tenía una risa colérica, por ejemplo, que aún recuerdo con escalofríos. Cualquier estupidez hacía reír a Myra. ¡Yo estaba destinada a oír aquella risa muy a menudo! Las circunstancias adversas, los accidentes, incluso las desgracias, provocaban su hilaridad. Y siempre era hilaridad, no histeria; había en ella una chispa de gracia, de humor ácido.



## II

La gran casa de piedra en la que creció Myra Driscoll, enclavada en un parque arbolado de diez acres y rodeada por una alta verja de hierro forjado, seguía siendo en mi época la mejor propiedad de toda Parthia. A la muerte de John Driscoll, fue a parar a manos de las Hermanas del Sagrado Corazón y yo siempre la he recordado como convento. Myra era huérfana y la habían llevado a aquella casa siendo muy niña para que la criara su tío abuelo.

John Driscoll había hecho fortuna trabajando como contratista en los pantanos de Missouri. Se retiró pronto de los negocios, regresó a la ciudad donde había crecido como un chico pobre y se construyó una elegante casa que fue su orgullo. Vivió con lo que entonces se consideraba un gran esplendor. Tenía caballos veloces; de hecho, crio un trotón que consiguió una plusmarca nacional. Compró instrumentos de plata para la banda municipal y pagó el salario de su director. Cuando la banda acudía a la casa para darle una serenata, el día de su cumpleaños y en las fiestas, hacía pasar a los muchachos y les ofrecía su mejor whisky. Si Myra celebraba un baile o daba una fiesta en el jardín, la banda ponía la música. Sin lugar a dudas, era la banda de John Driscoll.

Myra, como solía decir mi tía, lo tenía todo: vestidos y joyas, un espléndido caballo de silla y un piano Steinway. Un verano, su tío la llevó con él a Irlanda y encargó su retrato a un famoso pintor. Cuando estaban en Parthia, su casa siempre permanecía abierta para los jóvenes de la ciudad. La belleza de Myra y su carácter vivaracho satisfacían el or-

gullo del anciano. El ingenio de Myra era de su gusto, innato y mordaz, y sin demasiados remilgos. Ella le tenía un gran afecto, y él lo sabía. Era un viejo rudo, y tan inculto que a duras penas sabía escribir. Se decía de él que al convertirse en presidente de nuestro banco nacional había quemado un montón de billetes del Tesoro que habían enviado a su casa para que los firmara, porque había «estropeado la firma». Sin embargo, conocía bien a las personas y sus motivaciones. A su modo era pintoresco y Myra supo valorarlo como pocas chicas lo habrían hecho. En realidad, se parecía mucho a él; el vínculo de sangre era muy fuerte. Jamás se produjo ninguna desavenencia grave entre ellos hasta que apareció el joven Henshawe.

Oswald Henshawe era hijo de una joven alemana de buena familia y de un protestante del Ulster al que Driscoll detestaba; entre los dos hombres existía una vieja rencilla. El del Ulster era pobre e idealista, un maestro de escuela que andaba de un lado para otro, durante un tiempo en el Instituto de Parthia, después en los pueblos de los alrededores. Oswald estudió en Harvard con muy poca ayuda por parte de sus padres. En nuestra ciudad no se le prestó atención hasta que volvió de la universidad convertido en un joven apuesto y con perspectivas halagüeñas. Myra y él volvieron a encontrarse como si fuera la primera vez y entre ellos nació el amor. Cuando el viejo Driscoll descubrió que Oswald visitaba a su sobrina, le prohibió la entrada a la casa. Sin embargo, continuaron viéndose en la de mi abuelo, bajo la protección de mi tía Lydia. Driscoll atosigó al muchacho de tal modo que éste acabó pensando que no tenía futuro en Parthia. Tomó una determinación: se fue a Nueva York. Estuvo allí dos años sin volver a casa, enviando cartas a Myra a través de mi tía.

Todos los amigos de Myra acabaron enredados en la trama de su relación; media docena de jóvenes ocupó el lugar de Oswald con tanta asiduidad que el viejo Driscoll empezó a pensar que su sobrina se casaría con alguno de

ellos. Mientras tanto, Oswald trabajaba con ahínco en Nueva York, en una época en la que los salarios eran bajos y los ascensos lentos. Pero consiguió salir adelante y, al cabo de dos años, estaba en situación de contraer matrimonio. Escribió a John Driscoll, para hablarle de sus recursos y perspectivas y pedirle la mano de su sobrina. Fue entonces cuando Driscoll puso las cosas en claro con Myra. No se encaró con ella presa de un ataque de cólera, como otras veces, sino que le hizo una fría proposición monetaria. Si se casaba con el joven Henshawe, la dejaría sin un penique. Podía hacerlo, porque nunca la había adoptado oficialmente. Si no se casaba con él, heredaría dos tercios de sus bienes; el otro tercio lo legaba a la Iglesia. «Y te aconsejo que te lo pienses bien —le dijo—. En este mundo, vale más ser un perro extraviado que no tener dinero. Yo he probado las dos cosas y lo sé perfectamente. Un hombre pobre apesta, y Dios lo detesta.»

Unos meses después de esta conversación, Myra fue a una fiesta de trineos. La llevaron en trineo a una ciudad vecina donde el padre de Oswald tenía una escuela y adonde el propio Oswald había llegado el día anterior. Allí, en presencia de los padres de él y los amigos de ella, se casaron por lo civil. Luego se fueron en el expreso de Chicago, que pasaba por aquella ciudad a las dos de la madrugada.

Cuando yo era niña, mi tía Lydia me llevaba de paseo por el sendero empedrado que rodeaba la finca del viejo Driscoll. A través de la alta verja de hierro veíamos a las monjas en su hora de esparcimiento, paseando en parejas bajo los manzanos. Mi tía me hablaba entonces, una vez más, sobre aquella extraordinaria noche (seguramente la más emocionante de su vida) en que Myra Driscoll bajó por el sendero desde la casa y cruzó aquellas grandes puertas de hierro por última vez. No quería llevarse de allí nada más que lo puesto, y ciertamente salió de la casa sin otra cosa en las manos que el manguito y el monedero. No obstante, mi previsora tía le había metido el neceser y algo de

ropa interior en una bolsa de viaje; luego la había tirado por la ventana de atrás a los brazos de uno de los chicos, que estaba esperando bajo un manzano.

—Jamás olvidaré el momento en que la vi bajar por aquel sendero, dejando atrás una gran fortuna —decía tía Lydia—. Yo había salido para reunirme con los otros antes de que llegara ella, que prefería salir sola de la casa. Las chicas habíamos subido ya a los trineos y los chicos sujetaban los caballos. Empezábamos a pensar que Myra se había arrepentido o que quizá había ido a hablar con el viejo para intentar convencerlo. Pero, a la luz de los faroles que llevábamos en la parte trasera, vimos abrirse y cerrarse la puerta principal, y allí apareció ella, con la cabeza bien alta, acercándose con su paso rápido y saltarín. Tu tío Rob la alzó en brazos para subirla al trineo y partimos. Aquel viejo cascarrabias cumplió su palabra. En su testamento no se mencionó el nombre de Myra. Se lo dejó todo a la Iglesia católica y a sus instituciones.

—Pero han sido felices, ¿no? —le preguntaba yo algunas veces.

—¿Felices? ¡Oh, sí! Como la mayoría.

Aquella respuesta resultaba descorazonadora; lo que realmente importaba de su historia era que tenían que ser mucho más felices que otras personas.

Cuando fui algo mayor, paseaba a menudo por el sendero empedrado yo sola, sobre todo en primavera, después del colegio, y contemplaba a las monjas que caminaban con singular placidez y comedimiento entre los árboles florecidos, en el mismo sitio en el que Myra daba sus fiestas y una banda tocaba para ella. El lugar me parecía hechizado, como el palacio de la Bella Durmiente; se había sumido en un trance, o yacía sobre sus flores como un hermoso cadáver, desde aquella noche invernal en que el Amor cruzó la verja y desafió al Destino. Desde entonces todo eran cánticos, devociones y disciplina, y el tintineo de pequeñas

campanas que, a todas horas, parecían llamar a las monjas a la oración.

Yo sabía que esto no era del todo cierto; el viejo John Driscoll había seguido viviendo allí durante muchos años después de la fuga de su sobrina. Recordaba incluso su funeral —lo recordaba vívidamente—, aunque no tenía más que seis años de edad en aquella época. Me senté con mis padres en la primera fila de la galería, al fondo de la iglesia que el viejo había ampliado y enriquecido durante sus últimos días. En el altar mayor ardían cientos de cirios; el coro rebosaba de flores. Asistió el obispo y una multitud de sacerdotes con espléndidas vestiduras. Cuando llegaron los portadores del féretro, Driscoll no fue a la iglesia, la iglesia fue a él. El obispo y los demás clérigos recorrieron la nave y recibieron en la puerta el enorme ataúd negro, precedidos por la cruz y los monaguillos que balanceaban los incensarios humeantes, y seguidos por el coro que cantaba al son del órgano. Rodearon el cuerpo del viejo John Driscoll, lo recibieron y parecieron integrarlo en el cuerpo de la iglesia. Lo llevaron hasta el altar mayor sobre un río de color, incienso y música de órgano; lo reclamaron para sí y lo enclaustraron.

En los años posteriores, cuando asistía a otros funerales, mucho más sencillos y sombríos, pensaba en John Driscoll y me decía que había escapado al destino de la carne; era como si lo hubieran transformado, a salvo del oscuro final del boato, a salvo de «la noche de la tumba» de la que hablaban nuestros pastores protestantes. De la frescura de las rosas y los lirios, de la gloria del altar mayor, había ascendido directamente a una gloria más alta a través de incensarios humeantes, cirios y estrellas.

Cuando volví a casa después de mi primer encuentro con la auténtica Myra Henshawe, veinticinco años más vieja de lo que yo la había imaginado siempre, no pude evitar sentirme un poco decepcionada. De repente John Driscoll

y su sobrina habían cambiado de posición en mi cabeza, y él se llevaba, después de todo, la parte más romántica. ¿No era mejor acaso abandonar este mundo con aquella pompa y esplendor que seguir en él teniendo que llevar la cuenta de las camisas y esperando trenes, y que a uno le saliera papada, además?

Los Henshawe se quedaron tres días en Parthia y, cuando se fueron, se decidió que tía Lydia y yo iríamos a pasar las Navidades a Nueva York. Nos alojaríamos en el viejo hotel de la Quinta Avenida, que, como decía Myra, estaba a tiro de piedra de su apartamento, «¡si a alguien se le ocurriera alguna vez lanzar una, Liddy!».

## III

Mi tía Lydia y yo llegamos a la estación de Jersey City la víspera de Navidad: una suave mañana gris de diciembre en la que caían algunos copos de nieve. Myra Henshawe estaba allí para recibirnos, muy hermosa, pensé cuando vino hacia nosotras caminando deprisa por el andén, su figura rechoncha, envuelta en pieles y tocada con un gorro de piel en el que una única y fina pluma granate asomaba por detrás, como los pajes de los cuentos. No iba sola. La acompañaba un hombre joven, alto y elegante, que vestía un abrigo largo y amplio de color gris azulado. Se cogía del brazo de Myra y con la otra mano empuñaba un bastón.

—Éste es Ewan Gray —dijo la señora Henshawe, después de abrazarnos—. Seguro que lo habréis visto actuar en Chicago. También él tenía que venir temprano a la estación, de modo que hemos pensado saludar juntos el nuevo día y dejar a Oswald desayunando solo.

El joven se hizo cargo de nuestro equipaje de mano y caminó junto a mí en dirección al ferry, interesándose cortésmente por nuestro viaje. Era escocés, de una familia con una gran tradición teatral, y apuesto. Tenía el rostro ancho y el cutis claro, los cabellos y el bigote de color arena y unos bellos ojos grises, hundidos y melancólicos, con las pestañas negras. Nos llevó hasta el muelle del ferry y allí la señora Henshawe le indicó que haría mejor en marcharse.

—Has de estar en la estación cuando llegue el tren de Esther, y recuerda que tienes que traerla a cenar con nosotros mañana por la noche. No vendrá nadie más.